

## IN-SISTENCIA Y PROJIMO

Por *Ismael Quiles, S. I.,*  
*Decano de la Facultad de Filosofía de San Miguel (Argentina).*

El presente trabajo es una profundización de estudios anteriores del autor sobre lo que él ha denominado una interpretación "*in-sistencial*" de la realidad humana. Esta interpretación recoge las experiencias humanas y las relaciones que de ellas brotan con el mundo material y con la Trascendencia en un haz, cuyo origen y punto de apoyo es la vivencia originaria del hombre en el momento en que adquiere plena conciencia de su "yo". Esta "vivencia originaria", se obtiene no en una dirección "*ex-sistencial*", es decir, del "estar afuera" dirigido hacia las cosas exteriores, en la cual el yo más bien se pierde y se diluye, sino en una dirección "*in-sistencial*", ésto es, de un "estar adentro", de un "estar en sí" en el cual se logra la plena conciencia, específica del ser del hombre, y de su situación y conexión con los demás entes y con el ser Absoluto.

En esta interpretación *in-sistencial* del hombre se integran y se iluminan elementos fundamentales de la filosofía tradicional, y aportes del pensamiento contemporáneo, particularmente de sus análisis sobre las estructuras metafísicas del existir humano.

El autor ha expuesto las líneas fundamentales de esta "filosofía *in-sistencial*" en los siguientes trabajos:

—*Heidegger: El existencialismo de la angustia*, Espasa Calpe, Argentina, Buenos Aires, 1948, págs. 76/93.

—*La proyección final del existencialismo: el in-sistencialismo*. Actas del 1er. Congreso Nacional de Filosofía. - Argentina, Mendoza, 1949, T. II, págs. 1084-1089.

—*Más allá del existencialismo: filosofía in-sistencial*, Rev. Ciencia y Fe, Abril-Junio 1949, Año V, N<sup>o</sup> 18, págs. 16-37.

Nuestra *ex-sistencia* mundana no sólo recibe excitantes materiales del mundo que la rodea, sino que se halla también, en su *ex-sistir*, ante centros espirituales que actúan sobre ella con más atracción y profundidad todavía que las cosas materiales, y hacia los cuales la misma *in-sistencia* se siente a su vez irresistiblemente impulsada. La primera y más segura impresión es que se trata de otras "*in-sistencias*", de otros "yo", que en todo actúan y se comportan a la

manera del mundo interior que yo me he conformado, y de mis relaciones con el mundo exterior. El lenguaje los designa con el término "los otros", respecto de cada "yo". Para mí son "los otros" simplemente, con diferencia de la manera como designo "las otras cosas". "Los otros", sin más calificativo, implican una distinción de mí, una diferencia de mí; pero, al mismo tiempo, una particular semejanza y afinidad conmigo. Son "otros" de mí, dentro de una cierta comunidad y semejanza.

El problema de nuestro conocimiento de "los otros" y de nuestra comunicación con ellos ha estado siempre latente en toda la historia de la filosofía, pero ha sido particularmente estudiado modernamente, como problema aislado. A primera vista, parecería que la comunicación con "los otros" y nuestro conocimiento de ellos, que va a regir nuestro comportamiento y el mundo de relaciones activas frente a ellos, parece ser mucho más fácil y asequible que el del mundo material. Efectivamente, éste se presenta relativamente pasivo frente a nosotros; no avanza hacia nuestro interior, sino que parece detenerse a la puerta de nuestra conciencia. En cambio, el mundo de "los otros", se lanza, sin que podamos detenerlo, a invadir nuestra interioridad, y parece que, a su vez, nos obliga a penetrar dentro de él. Hay una serie de vínculos, de puentes, de intereses y de vivencias comunes, que nos atan indisolublemente unos a otros, y nos introducen en los "secretos" de la conciencia, aunque a veces éstos quieran ocultarse muy avaramente.

Sin embargo, la dificultad del conocimiento y de la auténtica comunicación con "los otros" es, en ciertos aspectos, mayor que con las cosas materiales. Estas constituyen un mundo abierto, un mundo ya hecho, cristalizado, que actúa siempre de la misma manera, cuando se halla en las mismas condiciones. En este sentido, nuestro conocimiento del mundo exterior es más perfecto, completo y acabado. En cambio "los otros" se me presentan como un mundo mucho más complejo dispuesto siempre a darme alguna sorpresa, y esquivando ante mis acometidas, el núcleo más íntimo de su realidad. De hecho, el hombre está siempre en una continua transformación y evolución interior, de donde resulta que nuestro conocimiento de él nunca se agota, jamás llega al término, a circunscribir el objeto.

La dificultad clásica para conocer a "los otros" procede, ante todo, del concepto tradicional de "conciencia". La conciencia, —se nos ha enseñado casi en todas las escuelas tradicionales, desde el realismo hasta el idealismo— es una especie de coto cerrado, donde nada pue-

de entrar directamente y de donde nada puede salir. Las comunicaciones con el exterior deben ser, por tanto, "indirectas". Pero en esta comunicación indirecta, que de suyo ya es difícil entre la conciencia y el mundo exterior, se agrava la dificultad, por tratarse de dos conciencias, es decir, de dos círculos cerrados sobre sí. Lo que salga al exterior de cada uno de estos reinos subjetivos, será seleccionado de acuerdo al interés de la estación emisora, la cual no puede tener ningún control "externo", que compruebe la exactitud de sus informaciones. Cada conciencia se halla de esta manera dentro de su propia "cortina de hierro", sin que sea posible pensar en infiltraciones ajenas a la conciencia. Esto agrava extraordinariamente nuestro conocimiento de los otros. Hasta cierto punto lo hace imposible. El concepto de "sujetividad" que acompaña al de conciencia determina el ámbito exclusivo y peculiar de cada yo. Frente a este campo exclusivo, los otros no tienen más que la categoría de "objetos", y yo mismo resulto para ellos otro "objeto".

Las soluciones metafísicas al problema del conocimiento del prójimo oscilaron generalmente entre los dos extremos del realismo "objetivista" y del idealismo "subjetivista". El primero considera las otras conciencias como plenamente objetivas, reales, independientes ópticamente de mi conciencia. Son como "objetos" frente a mí, los cuales voy a conocer en una forma parecida a los objetos materiales. El idealismo subjetivista, partiendo de la misma concepción de conciencia como "coto cerrado" y subjetividad pura, hará entrar todos los yo en mi conciencia individual, y ésta será la forma de comunicación (idealismo subjetivo), o sumergirá todas las conciencias individuales en una conciencia transcendental, como única realidad, de la cual cada conciencia no será más que un fenómeno parcial (idealismo transcendental).

En la concepción in-sistencial del hombre la dificultad de comunicación con los otros parece tener vallas insuperables. In-sistencia indica primordialmente una dirección interior; ahora bien, dos direcciones que tienden a interiorizarse en polos opuestos, lejos de encontrarse, se alejarán cada vez más. La concepción, la comunicación de una in-sistencia con otra parece imposible, por que ambas son, por definición, divergentes. Y sin embargo, es un hecho que toda nuestra vida jira en torno de los otros yo, que hay algo que toca mi alma desde el interior del alma de los otros. Que me siento comunicado y unido interiormente a ellos y que me parece a veces entrar dentro de su al-

ma como en un mundo transparente en el cual me muevo con toda seguridad y con pleno realismo. Toda mi vida jira en torno a la vida de "los otros", y, sin dejar de sentirla como mía, siento que la comunico a los demás y que de ellos recibo impulso, fuerza y sentido. Pero ¿cómo explicar este hecho? ¿Cómo sucede? ¿Cómo se arraiga en mi in-sistencia, la insistencia de los demás, hasta el punto de que no podamos prescindir el uno del otro y nos hallemos unidos como en una misma realidad? ¿Cómo comprender esa vívida comunicación que todos experimentamos y que cuando llega a la máxima intimidad nos parece que de dos almas se forma una sola? El otro viene a ser el "dimidium animae"; y muchos llegan a formar "cor unum et anima una", expresiones metafóricas, pero que expresan una realidad que no podemos expresar con propiedad y de ahí el recurso de la metáfora.

Nuestra guía, en la dilucidación de este problema va a ser la experiencia: el análisis de la manera concreta con que, *de hecho*, nos comunicamos con los otros. La visión in-sistencial, nos va a orientar, en una profundización cada vez mayor de esta experiencia.

## I. -- LA COMUNICACION INDIRECTA

### a) *El lenguaje.*

El primer medio de comunicación con los otros, que se nos presenta como el más usual, es *el lenguaje*. Naturalmente, nos referimos aquí al lenguaje convencional o artificial, el que utiliza signos hablados o escritos convencionales, como símbolos de nuestros pensamientos, de nuestra actividad mental interior. Sin duda ninguna que el lenguaje es un medio real de comunicación, pero de tipo *indirecto*, es decir, que no nos hace vivir directamente la situación espiritual del prójimo. Analicemos la eficacia y la ineficacia del lenguaje como medio de comunicación con el prójimo.

1) *Eficacia del lenguaje.* — Ante todo, por el lenguaje podemos transmitir a los otros nuestros pensamientos, sentimientos y órdenes, y, a su vez, recibir de ellos mensajes parecidos. El lenguaje me permite seguir el proceso lógico con que mi amigo y colega ha llegado a determinadas conclusiones. Ese proceso que se había desarrollado en el interior de su conciencia, y del cual él era el "único testigo", aparece ahora ante mi conciencia gracias al lenguaje. Lo mismo digamos de los estados afectivos que se contagian, se comunican y se

conocen por la palabra. La transmisión de la voluntad de otro se me hace por medio del lenguaje muy comunmente, y mi voluntad es determinada a la acción por medio de las expresiones orales o escritas de los otros.

Cuando el lenguaje llega a prestar sus mayores servicios de comunicación entre los hombres es cuando describe los estados interiores, las experiencias más íntimas, las vivencias a la vez secretas y profundas de mi espíritu. Gracias al lenguaje conocemos la profundidad de ciertas emociones, la originalidad de las experiencias privilegiadas de los místicos, que hubieran sido totalmente desconocidas de la humanidad si la palabra o el escrito no las hubiera destinado también a los demás hombres.

El lenguaje facilita la comunicación, "objetivando" los contenidos mentales en moldes convencionales ya hechos; de esta manera una palabra, v. gr. los términos "ente", "causa", "Dios", "sociedad" "tren", etc. etc., me sugieren determinados contenidos, todo lo cual da expedición a nuestras líneas de comunicación. Gracias a esta objetivación y "fijación" de contenidos, el lenguaje contribuye, y aun es elemento necesario, para la transmisión, la conservación y el progreso de las ciencias y de la cultura.

Por esto mismo el lenguaje es un medio de comunicación *necesario* a la humanidad; sin el lenguaje el desarrollo individual y social sería rudimentario. Finalmente, es una *expresión característica* del hombre, como ser dotado de inteligencia. El lenguaje humano está henchido de razón, de lógica y de contenidos intelectuales, afectivos y volitivos.

2) *Insuficiencia del lenguaje.* — A pesar de su eficacia innegable y de la necesidad que el hombre tiene del lenguaje, éste no cubre debidamente las posibilidades de comunicación entre los hombres. Nuestras experiencias de los otros van más allá del lenguaje. Esto se debe, en primer lugar, al carácter abstracto del mismo. El lenguaje, precisamente porque ya supone una objetivación en moldes conceptuales, no puede expresar todas "mis" vivencias. El modo particular, propio mío, individual y presente, escapa fácilmente a la expresión verbal. De esta manera, el lenguaje lo traduce, lo deja en el interior sin transparentarlo, no saca a flote, el "núcleo central" de mi vivencia subjetiva. Es algo así como la red que puede arrastrar fuera de la playa el contenido del mar, pero que no puede aprisionar dado que se le escapa por entre las mallas, el agua misma. Por eso el lenguaje solo no

es suficiente para revelar mi individualidad, lo que yo soy en mí. Un ejemplo frecuente nos afirma esta observación, que de suyo ya es manifiesta. A menudo, al leer los escritos de un autor, nos formamos una imagen del mismo. A veces, incluso configuramos su aspecto exterior; pero, sobre todo, nos parece ver cómo piensa, cómo siente, cómo reacciona espiritualmente el autor. Mas este conocimiento a través de los escritos, (que es lenguaje convencional más puro que el hablado, donde se mezcla el lenguaje "natural" de la expresión), dista mucho de reflejarnos la verdadera subjetividad del autor. Con frecuencia, al conocerlo debemos corregir el conocimiento que nos habíamos formado del mismo y, a veces, el contacto personal con un autor que nos inspiraba simpatía, resulta decepcionante. Es que el lenguaje abstracto no puede reflejarnos, sino muy imperfectamente, la totalidad concreta del individuo.

Pero además, tenemos otra experiencia que confirma la ineficacia del lenguaje abstracto. Cuántas veces experimentamos, a pesar de nuestros esfuerzos, la imposibilidad de exteriorizar con toda sinceridad y plenitud nuestras experiencias, nuestros anhelos y aún nuestros conocimientos. Luchamos con una empresa imposible. El lenguaje nos resulta ineficaz, inexpresivo. La frase "no tengo palabras para expresarlo" está señalando esta experiencia tan frecuente en la vida cotidiana. Muchas veces debemos recurrir, confesando nuestra incapacidad para expresarnos, al término "inefable". Los místicos sentían al tormento de esta imposibilidad de expresarse. Y, sin recurrir a estas experiencias profundas y privilegiadas, todos terminamos la descripción de aquellos sentimientos, que nos sacuden totalmente, con la frase: "solo el que lo siente, lo sabe". El lenguaje está afectado, en consecuencia, por una ineficacia, por una ineficacia substancial, precisamente, al querer expresar lo más interior al hombre, su "núcleo individual".

Además de esta ineficacia del lenguaje por su carácter de abstracto y moldeado, también resulta incapaz de constituir una comunicación perfecta entre los hombres a causa de su posibilidad de ser "engañoso". No solamente porque el lenguaje es igualmente el vehículo de la verdad y de la mentira, sino porque las palabras mismas que utilizamos, aún usadas con buena voluntad, no son entendidas correctamente, de acuerdo a nuestra intención, e inducen a error a los demás, acerca de nuestras propias ideas y sentimientos. El lenguaje humano es sumamente imperfecto, en este sentido. A veces deja entrever todo lo contrario de lo que el sujeto quiere manifestar. Los "malentendidos"

en el habla cotidiana son corrientes, a causa de esta incapacidad congénita del lenguaje humano. Disputas interminables han nacido de una diferente inteligencia en el sentido de los mismos términos. Las “disputas de palabras” son evidente testimonio de la ineptitud del lenguaje para una perfecta comunicación de los hombres entre sí.

Pero, además de esta deficiencia intrínseca, por así decirlo a la naturaleza misma de todo lenguaje artificial, su ineficacia aparece más clara todavía cuando lo cotejamos con la experiencia concreta por la cual entramos y nos mantenemos en comunicación interior con “los otros”. Porque esta experiencia se nos muestra, como existiendo ya “antes” del lenguaje convencional. Más aún, el lenguaje supone entre los espíritus un “contacto previo” a la fabricación y al uso mismo de las palabras. Sin este contacto previo, el lenguaje convencional no podría surgir. Esto nos indica que el lenguaje no es el medio primario, ni originario de comunicación entre los hombres, sino de un orden posterior, y que supone una comunicación más primaria y previa al lenguaje mismo. En realidad, el niño experimenta la comunicación por el lenguaje “natural” con anterioridad al lenguaje artificial, y sólo así está capacitado para entender el uso de las palabras. Pero nuestra misma experiencia de adultos nos revela que el lenguaje hablado no es ni lo primero ni lo último de nuestra comunicación con los otros. Nos sentimos unidos, sin hablarnos; a veces sin ningún gesto exterior, sólo con la mirada y aún sin la mirada. Algo nos une; y vivimos esta unión, “antes” de las palabras y “más allá” de las palabras. Existe lo que podríamos llamar la comunicación del silencio, de la comprensión sin palabras, de la convivencia, sin señales externas que la mantengan y aún la exciten.

En una palabra, el lenguaje tiene, sin duda alguna, gran eficacia como medio de comunicación entre los hombres; pero no agota la comunicación concreta, tal como se nos manifiesta vivencialmente, así por las dificultades intrínsecas al lenguaje mismo, como porque supone un previo contacto espiritual entre las almas. Puede, sin duda, el lenguaje, confirmar, ampliar, perfeccionar y a veces deformar ese contacto previo espiritual, pero en todo caso lo supone.

*b) La deducción analógica.*

Pero, además del lenguaje artificial, poseemos el lenguaje “natural”, constituido por las expresiones, la mímica, las reacciones exterior-

res con que espontáneamente manifestamos nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestra voluntad. Conocemos si el otro está triste o alegre, si tiene miedo o si es valiente, si viene con buenas o con malas intenciones, etc. por sus acciones "exteriores": la expresión del rostro, los movimientos de los brazos, la actitud del cuerpo, la fuga, el acercamiento, etc., etc. Este lenguaje nos muestra más inmediatamente las reacciones personales, porque nos presenta el interior de la conciencia, no en "moldes abstractos" como el lenguaje artificial, sino en signos expresivos "concretos" e "individuales".

Sin embargo, surge una grave dificultad en interpretar la relación de estos "hechos exteriores" con la vida espiritual, interior e "invisible", del prójimo, de "los otros". ¿Qué nos autoriza para afirmar esta o aquella actitud interior, ante tal o cual acción externa? Dos son las principales teorías que por la vía de una deducción intentan penetrar en el interior de la conciencia. La *deducción causal* y la *analógica*.

La *deducción causal simple* procede aplicando a la relación exterioridad-interioridad en el hombre las categorías mismas de la causalidad física. Determinadas actitudes o conductas externas no pueden ser sino efectos de nuestros estados de alma interiores, de nuestros conocimientos, deseos, sentimientos... Y por los efectos nos remontamos hasta sus causas. La huída no puede ser producida sino por el miedo o la aversión, los quejidos por el dolor, etc. Pero es fácil advertir que si no tuviésemos un "previo" conocimiento de lo que es un estado de miedo, aversión o dolor, nos sería imposible realizar tal vinculación entre un acto biofísico y un acto psíquico. Ni siquiera podríamos imaginar que existe todo un mundo espiritual inmensamente más complejo que esa fachada exterior del rostro, del cuerpo y de los ademanes. Por lo demás, ya se ve que es erróneo pretender aplicar las leyes de la inferencia causal física en nuestro caso, porque no pueden tales leyes, propias de la materia, extenderse sin más al mundo espiritual, que desborda la rigidez de las leyes físico-químicas, y aun la espontaneidad más compleja de lo puramente biológico.

Por estas razones la deducción puramente causal, defendida sobre todo por las escuelas positivistas y materialistas, por la psicología biológica, no tiene gran aceptación. En cambio, ha sido muy general entre los filósofos y psicólogos de todas las tendencias el recurso a la *deducción analógica*, y por ello nos ocuparemos de ésta más detenidamente.



La deducción analógica supone, como la anterior, que no podemos conocer más que el interior de nuestra conciencia, y que, por consiguiente, es imposible una comunicación "inmediata" entre dos personas. No queda, por tanto, más recurso que el de una "inferencia", para llegar al interior de los demás. Pero, ante las dificultades que presenta el tipo de inferencia puramente causal, agrega otro elemento complementario: la *analogía*. En virtud de la analogía, es posible reconstruir el estado interior de los otros, pues ya poseemos datos directos de experiencia acerca de la naturaleza de la vida psíquica y de su relación íntima con la conducta. Estos elementos nos los da la "propia experiencia interna" y la percepción inmediata de nuestro cuerpo. En virtud de ella, comprobamos que existe una relación íntima y natural entre nuestras expresiones exteriores y nuestros estados anímicos. De aquí concluimos, *por analogía con nuestra experiencia psíquica individual*, que cuando en los otros se producen ciertas expresiones exteriores, ciertas conductas, responden a ellas en los otros las mismas situaciones que experimentamos en el interior de nuestra conciencia. El argumento, pues, procede analógicamente: suponiendo que los demás son de la misma naturaleza que nosotros, juzgamos de ellos por comparación, proporción o analogía respecto de nosotros mismos.

1) *Eficacia*. — La eficacia del método por deducción analógica estriba, primero, en la introducción de una experiencia inmediata de orden espiritual, la cual nos permite tener una "idea propia" de lo que es la vida interior de la conciencia en toda su complejidad. Poseemos, pues, un punto de partida seguro, en la experiencia de nuestro yo individual. La conexión con el interior de la conciencia ajena se realiza en virtud de la similitud de nuestras conductas externas y las de los otros. Parece un proceso lógicamente razonable.

Además, habla en favor de este método el hecho de que espontáneamente aplicamos el criterio de la analogía para interpretar las acciones de los demás. En realidad, aplicamos a los otros fácilmente nuestras intenciones interiores, nuestras reacciones, suponiendo que todos obra y piensan de la misma manera que nosotros. El refrán "piensa el ladrón que todos son de su condición", muestra cuán generalizado se halla en la práctica este proceso de analogía para adivinar el interior de los demás. Ahora bien, una convicción tan repetida no puede menos que fundarse sobre una percepción real e indudable. El valor, pues, de la analogía, en nuestro caso, parece decisivo.

Una confirmación de la rectitud de nuestra deducción analógi-

ca es posible por medio de la "experiencia repetida". Pienso una vez que el otro se halla en situación de miedo porque ha huído; yo puedo provocar la experiencia haciendo surgir en torno al mismo los factores externos que en mí determinan el miedo. La fuga del otro se repite invariablemente. Y obtengo todavía una plena confirmación para mi convicción de que el otro ha tenido miedo, y que ha procedido interiormente en una forma análoga a la mía cuando la misma conducta, por medio del testimonio mismo del interesado, es decir, por el lenguaje, que me manifiesta los sentimientos interiores del otro. En esta repetida confirmación de nuestra deducción analógica, se funda también la convicción de que todos los hombres son iguales, y cuando esto pienso lo hago, evidentemente, en relación a aquel hombre que me parece conocer más de cerca, a mí mismo.

Extendemos todavía más la confianza en nuestro proceso, aplicándolo aún a aquellas modalidades más subjetivas, más íntimas, que apenas sí se dejan traslucir ligeramente al exterior. Así, adivinamos, o pretendemos adivinar frecuentemente, las intenciones del prójimo, y los espíritus aventurados se engañan por esta causa fácilmente. Pero esto mismo demuestra la confianza que han llegado a conceder a su propio método de conocer a los demás, confianza que se basa en experiencias anteriores, claramente confirmadas.

Por fin, favorece también, *a priori*, el argumento de la íntima unión que existe entre el alma y el cuerpo, el espíritu y la materia organizada en el hombre: esta íntima unión supone la cooperación de ambos en la totalidad de la vida psíquica, y, por tanto, la proporción que debe existir entre lo interior y lo exterior, proporción que nos autoriza para adivinar lo que sucede en el alma por las relaciones corporales.

2) *Ineficacia*. — A pesar de las ventajas innegables que nos ofrece el método de la deducción analógica para el conocimiento de los demás, no se le puede considerar como decisivamente eficaz, y, lo que es más todavía, como el camino y el método "originario" de comunicación entre los hombres. La ineficacia del método analógico aparece por múltiples razones, de las cuales señalaremos algunas.

En primer lugar, el método de analogía cae en un *círculo vicioso*, que ha sido señalado frecuentemente, por los más modernos pensadores. Con frecuencia nos conocemos a nosotros mismos, solamente por la influencia que los demás ejercen en nuestro

espíritu y por el conocimiento que los otros tienen de nuestro interior. Debemos mirarnos pues en el "espejo de los otros": lo que los otros piensan y saben de nosotros. Ello se debe a que nos es imposible trazar nuestra propia imagen interior correctamente, si no es ayudados por los demás. Estos saben en algunos aspectos acerca de nuestro interior más que nosotros mismos. Especialmente nuestro inconsciente es adivinado mejor por los otros que por nosotros mismos. Cuántas veces hablando de los demás decimos: "El obra así, pensando que lo hace con tal intención, pero inconscientemente busca otra cosa". Los demás, a su vez, nos repiten en ciertas situaciones la conocida observación: "No te das cuenta del mal papel que haces ante los demás". Es que muchos aspectos de nuestra intimidad se ven más claros desde afuera. A veces, la diferencia de capacidad respecto de la captación de nuestro interior y el del prójimo es tan grande, que percibimos en los demás matices muy sutiles y no nos damos cuenta de graves defectos nuestros o también de grandes valores. Vemos "la paja en el ojo ajeno, pero no vemos la viga en el nuestro". Todo lo cual muestra hasta qué punto nuestro conocimiento de nosotros mismos depende de los demás, y, por tanto, la imposibilidad de conocernos a nosotros antes de conocer a los otros. De aquí el círculo vicioso en que cae el método analógico: pretende aplicar a los demás, la propia visión de la subjetividad de cada uno, cuando ésta misma visión interior se halla determinada por los otros.

Otra grave dificultad contra el método analógico consiste en que no podemos desentendernos de nuestra propia *subjetividad* en el conocimiento de nosotros. De esta manera, no los podemos conocer en sí, si suponemos que tan sólo conocemos nuestro interior directamente, sino solamente desde nuestro interior, lo que se presta a una deformación de la realidad interior ajena. Proyectamos hacia afuera nuestra subjetividad y envolvemos en ella al prójimo, aunque éste, a veces, se halle evidentemente en otra órbita. El refrán antes citado "piensa el ladrón que todos son de su condición", aunque demuestra la práctica frecuente del método de analogía, hace resaltar también su peligro y su falta de eficacia. Tendemos a interpretar el mundo de los otros, de acuerdo a la imagen de nuestro mundo interior: el ladrón piensa que todos son ladrones; el mal intencionado ve por todas partes malas intenciones; el hombre sencillo supone que todos son sencillos como él, etc., etc. Este efecto de la subjetividad proyectada hacia el exterior, es mayor todavía cuando

se trata del mundo espiritual que del mundo material. Este se nos presenta más “hecho”, más “terminado”; en cambio el mundo espiritual es más “flexible”, más “fluido”, y se presta mucho más a interpretaciones subjetivas.

El método analógico resulta ineficaz, también, para interpretar los *primeros contactos* con los otros. Evidentemente, nosotros no hemos vivido todas las situaciones, todas las reacciones interiores humanas. En tal caso no tenemos la norma interna sobre cuya analogía interpreta la conducta de los demás. Ahora bien, es un hecho que existen en los otros conductas exteriores, que nos muestran determinadas reacciones espirituales, en las que nunca habíamos soñado: decimos en tales casos: “Nunca pensé que un hombre pudiera imaginar tal cosa”. ¿Cómo hemos adivinado esta nueva situación interior en el prójimo, de la cual no hemos tenido aún una vivencia propia? Evidentemente, la eficacia del método analógico no puede ser la causa de esta comprensión de “los otros”, que desborda nuestras íntimas experiencias solitarias.

Para terminar, notemos que al hablar del conocimiento de “los otros”, no solamente entendemos la captación de aquellos rasgos “comunes” a todos los hombres, es decir, de lo “universal” en que todos coincidimos, sino también, y muy particularmente, de lo “singular”, de lo “personal”, del otro en su propia mismidad. El método analógico, en este caso se halla ante las máximas dificultades; a nuestro parecer éstas son insuperables. Porque cada individuo posee su propia subjetividad, concreta y singular, y por tanto irrepetible. No hay posibilidad en este caso de aplicar el método analógico, suponiendo que el otro reacciona de una manera parecida a la mía. Dos individuos, aun cuando coincidan en los rasgos universales, son irreductiblemente diferentes, y en esta irreductibilidad consiste precisamente su individualidad, su realidad “personal”. Ahora bien, ésta es de una manera particular la que buscamos cuando hablamos del conocimiento de “los otros”.

Las consideraciones precedentes muestran suficientemente que el método analógico no puede ser el fundamental y el originario en nuestra comunicación con “los otros”. Tiene graves dificultades, así por el círculo vicioso que supone, como por la máxima carga de subjetividad que necesariamente implica, si se lo concibe en la práctica tal como teóricamente suele describirse. Por lo mismo, nuestro conocimiento objetivo de los demás, debe fundarse *en*

## ISMAEL QUILES

*otros hechos más originarios*, de los cuales estamos ya en posesión cuando aplicamos el proceso analógico. En realidad, toda comunicación indirecta con "los otros", sea el lenguaje, sea la deducción de tipo puramente causal, sea la deducción analógica, presuponen ya un mutuo contacto, una mutua inteligencia de dos espíritus entre sí, que es la "experiencia originaria", en la cual se apoya la seguridad de que estamos en comunicación con otro espíritu y no con una máquina automática. Pero este problema exige un estudio aparte que esperamos realizar próximamente.